

LA BIBLIA VAQUERA  
(FICHA BIOBIBLIOGRÁFICA DE UN LUCHADOR  
DIYEI SANTERO FANÁTICO RELIGIOSO Y PINTOR)

*Para José Alfredo Jiménez Ortiz*

Nací en una esquina. En una arena de lucha libre. En Gómez Palacio. Soy lagunero. Soy rudo. Soy un Espanto.

Siempre viví en San Pedro Amaro de la Purificación, Coahuila. El mejor western de mi infancia, rue des Petites Epicuros, París, julio, 19\*\*, era ver a mi padre enmascarado tocar su viejo saxofón de plástico arriba del cuadrilátero. Se llamaba Eusebio Laiseca. Pero era conocido en la noche de Belgrano como el Espanto I, accionista de la compañía RCA. Además de luchador grecorromano y de su aflicción por las nalgas de Raquel Güelch, formó parte del famoso dueto de música nortea El Palomo y El Gorrión.

Pisé la arena Olímpico Laguna a los cinco años. Aún recuerdo a mi padre improvisar con las espaldas planas sobre la lona un tema de frí con su doble quarteto. Ese día, entre las doce cuerdas y las cuatro esquinas y antes de que Don Cherry se lanzara desde la tercera con su trompeta de juguete, desfilé por mis obsesiones. La primera, el burladero símbolo de bar que es la máscara de mi padre, y la segunda, la Biblia que me regaló cuando derrotó al Santo, el Enmascarado de Plata. Latinoamericana y de bolsillo, forrada de mezclilla. Una lindura de color que oscilaba entre el intenso azul Blue Demon y el de los pantalones Levis 501 sin deslavar. Mi padre la bautizó como La Biblia Vaquera\* y ya no pude separarme de ella. Se convirtió en mi blánquet. Era yo un nuevo Linus. El Linus del ring neón.

\* A.k.a. The Country Bible.

A los dieciséis vi morir a dos yonquis: Espanto I y Espanto II. Mi padre me heredó su máscara, la capa y unas botas hechas a mano por grupis anglosexuales. Yo no abandoné mis estudios. Licenciatura en análisis y discrepancias del Lado B, el Bonus track y el Track oculto. Una noche, mientras trabajaba en mi tesis sobre la influencia que ha ejercido la técnica mp3 en la elaboración de trajes de luchadores de imitación, El Joven Murrieta anunció en el noticiero de las diez la continuación de una leyenda, la aparición en cartelera del Hijo del Santo. Entonces me subí a luchar.

Debuté un domingo 21 de diciembre. Mi padrino fue el Yelero Aguilar. Lucha semifinal. Relevos australianos. Los Ministros de la Muerte I y II y Espanto Jr. vs. Tony Rodríguez, Caballero Halcón y Pequeño Halcón. Réferi: Sergio Cordero.

Subimos al ring acompañados por edecarnes internacionales. Las Primas, grupo femenil de argentinas que cantaban: Saca la mano Antonio, que mamá está en la cocina. De música de fondo sonaba Never let me down again de Depeche Mode. Ahí se definió mi estilo de lucha. Lo que después la banda llamaría Kitsch Retro Neo Vulgar. La experimentación que me llevaría a programar a Ministry con Rocío Banquells y a Los Ángeles Negros, Los Terrícolas y Los Caminantes con María Daniela y su Sonido Láser.

Ninguna arena de lucha libre cuenta con clima artificial, estacionamiento o baños limpios. Debido a que gané el Primer Concurso de Instalación Coahuila 2002 con un conjunto de jaulas que denominé Primeras adolescentes, la crítica me calificó de fan de Technologic, nuevo video de Daft Punk. Otro sector, no enfurecido por la escandalosa ascendencia de mi fama, me clasificó como el niño genio de la pintura lagunera.

La Biblia Vaquera es como las Matemáticas Negras o como un Little Brown Book. Antes de cada pelea, en el vestidor abría mi Biblia frente a un altar dedicado a Yemayá, Eleguá, Changó, Ochún y Obatalá. Ofrecía en sacrificio cualquier sencillo pop que sonara en la radio y me comía su corazón de pollo. Era un

privilegiado de la santería. Los dioses cubanos me protegían en mis combates.

Porque Gómez Pancraccio ha sido siempre un exquisito faisán productor de luchadores de aroma, mis exposiciones individuales y colectivas crecieron en proporción con mis detractores. El comisionado de box y lucha en declaración sublime me condenó a una gira por el circuito Torreón-Gómez-Lerdo.

Los Ministros y yo triunfamos en todos los antros. En el Auditorio Municipal, catedral del costalazo, despojamos de sus máscaras a Los Diabólicos I, II y III. Tripletta de hermanos que atendían una carnicería en el centro de Gómez Patricio. Mi apoderado, pendiente de que tuviéramos un efectista cartel, nos consiguió una lucha estelar, la última como mosqueteros, pues sabía que debía abandonar la formación clásica de power-trio: bajo, batería y guitarra, para lanzarme como solista.

Mi primera presentación en apartado fue en el Coliseo Laguna. El espectador de lucha no es distinto al cinéfilo o al que asiste al balet. Están hambrientos por mentarle la madre al árbitro, por bañar de orines al abanderado. Entonces comencé a sufrir el síndrome de abstinencia. Era un mano a mano contra el Gran Markus. En la oscuridad de mi vestidor, poseído y desnudo, sacrifiqué un single de Mecano. Sentí malilla por la necesidad de Los Ministros cuando me trepé al ring con La Biblia Vaquera en mano. La presumí al público, a los bomberos, la policía, la prensa. Coloqué la mano sobre mi coraza y prometí cumplir con la Ley de Murphy. Sonó la campana y el Gran Markus me dijo Quita tu chingaderita Wrangler y vamos a jugar billar. Lo derroté en dos caídas. La primera y la segunda.

Mis contrincantes siempre eran rudos o exóticos. Mi má-nayer y San Juditas Tadeo, si no te callas te madreo, decían que un gladiador que como yo va por todas las tortas ahogaperros, no malgasta sus indulgencias en coreografías convencionales. La sangre debe salpicar las butacas y manchar a las rubias.

La angustia existencial que acompaña a los luchadorcitos de hule sin romper el empaque me motivó a escribir y me posesioné no sólo como el crítico de artes plásticas más joven

de la ciudad, sino como el primero y, hasta la fecha, el único. Mi columna Contemporánea permanece vigente, aparece los jueves en el periódico Milenio Laguna. Como catador de obra pictórica fui implacable. Me convertí en el verdugo local.

Mi siguiente exposición fue en la plaza de toros. Me enfrenté a Blue Panther, el maestro lagunero. Una lluvia itálica caía desde el inicio de la función y la edecambre se negó a salir sin paraguas. Abandoné el vestidor abrazado de una muñeca inflable. La ovación fue catastrófica. Parecía el Territorio Santos Modelo, casillero de los Guerreros del Santos Laguna. No se veía nada parecido en la lucha libre desde que Huracán Ramírez saliera con la Tonina Jackson. La plaza es un terreno apropiado para la experimentación. La arena del ruedo y la intemperie permiten expandir las técnicas de jazz-rock-fusion y ensayar otras con el funk.

Una minigira por San Pedroslavia y Pancho I. Mamadero me preparó para una más extensa por las arenas de barrio de Piernas Negras, San Pedroburgo, Monterrey y Estación Marte. Jugué en casi todas las posiciones: cácher, jardinero central y en solitón. Estaba en condiciones de participar en una revuelta de relevos atómicos a beneficio de la Cruz Roja, todo se lo debía a mi mánayer y al Santo Niño Anacleto.

El archivo municipal propuso que por mi guarrito glamur en la mezcladora, las tornamesas y el escratch, me concedieran el Premio Estatal de la Juventud. Competí con artistas, roqueros, escritores, pero el gobierno del estrado me lo concedió por mis aportaciones a la cordura popular atemporánea. La comunidad gutural protestó. En especial el grupúsculo frívolo de condecorosas damas de sociedad, a quienes etiqueté La Vanguardia Cacerolera y denosté como a correosas salchichas para asar marca Ponderosa, damiselas copetonas que elevaron el taller de repujado al rango de filiación artística. Cómo que se lo otorgaban a un luchador. A un rudo. De jodido se lo hubieran dado a Martín Mantra.

El reconocimiento, es natural, tanto en la salud como en la enfermedad me proporcionó un carpazo de estrella del pop.

El enroque de envidia que atiricia a todo comarcalaguneroso los animó a hacer de la burla su estofa y me pusieron un apodo acertado, inmejorable, leonero, el más fiel a mí mismo: La Diva.

La batalla entre voluntarios de la Cruz de Olvido se programó en Gomitos. En la Olímpico Laguna. Final de lujo. Relevos vintage. Hijo del Santo, Fishman, Dr. Wagner y Acuario vs. Pimpinela Escarlata, Sexypiscis, Súper Súper Súper Súper Porky: Brazo de Plata y Espanto Jr.

Para atender al hijo del que filmó los salmos como cliente consentido de taquería, dibujé un pentáculo en mi vestidor y en el centro deposité un cedé de Mariana Ochoa. Cuando me enteré de que jugaría unas venciditas con mi protorrival, apelé a toda la brujería que un luchador santero puede codificar por Sky.

Como ya era de rigor, aparecí en el entarimado con La Biblia Vaquera en alto. De música ambient sonaba Amor de la calle en versión de Juan Salazar. La bronca fue capturada para la televisión. La fracción dura de la lucha libre mit la fracción dura de la lucha libre. El pleitazo alcanzó raitin de programa de diyéis fanáticorreligiosos. Nos descalificaron. Al rito de los rudos los rudos los rudos, el Médico Asesino saltó de la segunda fila vestido de civil y madrearnos al Hijo del Santo hasta romperle la máscara y confiscarle la sangre de mártir, enrochados por los gritos de los ocurrentes: chinguenlo, chinguenlo al pinche enano.

Tomé el micrófono y reté al Hijo del Santo por el campamento. Todo santo merece su capilla. Público. Público. Reto al Hijo del Santo por el cinturón. El enano madreado se acercó a la cabina y agarró el micro. Acepto. Acepto Espanto Jr. No eres pieza. Sólo en montón puedes. Tú solo no eres pieza Espanto Jr. Con esas lonjas que tienes, que ningún cirujano te quiere operar, no eres pieza.

Los multicitados compromisos del enano de plata orillaron a los promotores a programar el concierto hasta después de que volviera de su gira de dos meses por Japón con Savoy Brown. Mi apoderoso y San Juditas Tarareo concertaron que había que darle mantenimiento al aparato de aire, ponerle un

flotador nuevo, echarle aceite a las chumaceras y cambiarle la paja. Un asunto con fines de lucro. Y para hacer más atractivo el desplante y llegar con más currículo a la pelea.

La primera máscara que arrebaté fue el Premio de Adquisición de la DCCCXLVIII Bienal de Arte Nuevo del Estado de Coahuila. A partir de eso las vitrinas de la lonchería de mi casa aumentaron en especie y variedad. En mes y medio de capacitación docente crecieron mis acciones en la bolsa. Invertí en pirotecnia tailandesa y comencé a fumar habanos de a doscientos cuarenta y cinco pesos. Espléndidos.

Arranqué una cabellera. El Premio Estatal de Periodismo Coahuila. Mi tránsito por la libre: prolificote. Era la sensación grupera. Una mezcla entre Lidia Ávila y Martha Villalobos, la más ruda, salvaje y sanguinaria de las luchadoras lesbianas de la industria porno.

La segunda mascarita que me amerité fue la beca del Fondo Estatal para la Costura por las Tardes de Coahuila en la categoría de investigación artística. El proyecto fue la escritura de un ensayo total, el libro definitivo que interrelacionaría mis conceptos teóricos sobre la tornalucha libre, la arquitortura y la música electrónica con las bodas de rancho.

El fin de semana anterior a que regresara el enano platero tuve mi último agarre de preparación. Fue en la galería de la Alianza Francesa. Nombré a la exposición Morir en los desiertos. La prensa me consintió, dicen los malintencionados. Que se portó benévola conmigo. Es mentira. Sólo reconocieron mi talento. El comentario por el que más me aborrecen es el de Ignacio Echevarría de El País: Espanto Jr., el magnate absoluto del imperio del hip hop.

Apaniqué al enano enmascarado. Antes de largarse, yo era un terroncito de azúcar morena sin refinar y volvió a meterse a la jaula con un mafioso terrorista motorizado. Haría falta algo con más toxinas que un látigo y una silla para evitar que le arrancara la cabecita de póquet trumpet que tiene.

La moda impuesta por las bodas de los famosos se estiró a todos los círculos del entretenimiento y el tedio masivos.

Vendieron el combate como vil puesta en escena a una televisora que para darle en la madre a la competencia la transmitió por cadena abierta. Nada de peiperviú.

El espectáculo se llamó Maldita Primavera. La arena estaba de bote en bote. La voz de Yuri proveniente de las bocinas del jom títter se confundía con los gritos de los vendedores y la muchedumbre famélica, delirantota y borracha: sodacerveza. Lonches jediondos. Gorditas con cólera.

Apareció primero en pantalla El Hijo del Santo. Su sécond era el Solitario. El mío mini Espectrito. Dejé el placard rudo saturado de humo. Había ofrendado tres elepés de Pandora que quemé entre convulsiones, cánticos intraducibles y oraciones de estampita recogida en la carretera.

Salí vestido de seminarista cartesiano. Apenas me vio con un pie rumbo al ring, el encargado de sonorizar las emociones de los apasionamientos a la lucha puso una canción de la tremenda Sonora Dinamita.

Ae ae ae ae.

Ae ea.

Ae ae ae ae.

Ae ea.

Llorá corazón llorá.

Llorá corazón llorá.

Llorá corazón llorá que tu lagunero no vuelve más.

Lucharán de dos a tres caídas sin límite de tiempo por el campeonato nacional güelter. En el extremo rudo, el orgullo de la Comarca Lagunera, La Diva: Espanto Jr. Por el bando técnico, El Enmascarado de Plata, El Hijo del Santo.

Ya se va tu lagunero, negra.

Se va para no volver.

Ya se va tu lagunero, negra.

Se va para no volver.

Antes de que se oiga, de que suene la campana, un niño se acopló junto a las cuerdas para tomarse una foto conmigo y una sexosa mujer se acercó a darme un beso. El local estaba dividido. La *popularidad* del enano no convencía a los facinerosos y alegadores ocupantes de la planta alta y los precios populares, consumidores de puro lonche de mortadela.

Empezó la querrela, me planté en el centro de los cuatro postes, abrí mi Biblia Vaquera y comencé a predicar en yoruba. Lengua negra, hijo de Espanto, cumbianchero, tenía al público embelesado y me apoyaban. Mátalo. Mátalo Espanto Jr. El sermón continuaba.

Jesus gonna be here.  
Gonna be here soon.  
You gotta keep the devil  
Way down in the hole.

Dominé al Hijo del Santo en tres caídas. Ni el tope suicida, ninguna llave, ni la de a caballo me doblegaron. Biblia Vaquera y cinturón en mano, macicé el micrófono con mi voz de maniático predicador callejero. A ver tú, enano protagonista de películas camp, te reto a una lucha máscara vs. máscara sin ampáyer. Solos. Extrayéndonos el cuero de las correas. El actor de guiones rascuaches contestó Acepto Espanto Jr. La semana que entra, aquí mismo, a una sola caída.

El jueves, día institucional para la práctica del ilustre deporte en Gomitos, recibimos la noticia de que la Olímpico Laguna estaba vetada. El motivo era que el público de la primera división arrojaba demasiados objetos a la cancha. Sucede con frecuencia en el balompié. El partido se realizaría a puerta cerrada y se transmitiría por cadena nacional.

La arena estaba vacía. Sólo los séconds ingenieros de sonido custodiaban las consolas. Subimos al ring al mismo tiempo. Cada uno ocupó su lugar en su esquina. Detrás de las tornamesas.

No fue una lucha cardíaca ni dramática. Mi oponente arrasó conmigo. Era un hijo de papi. Su colección de viniles europeos

marcó la superioridad. Era inmensa. Amplísima. Más de dos mil quinientos listos para disponer de ellos y animar una noche entera a la multitud rave.

Yo me esforcé por extractar lo mejor de mi material. Por más yuxtaposiciones malabares de género que realicé, samples, programación, efectos, el repertorio del enano y sus habilidades me opacaron de manera rampante. Todo su equipo era de primer nivel. Las agujas, los audífonos, todo importado.

El sacrilegio cometido dos horas antes, el apuñalamiento de decenas de discos, no funcionó. La Biblia Vaquera tampoco respondió. La estrujé, le imploré, la maldecí y fracasé.

No esperé a que una autoridad en la materia me exigiera que me despojara de mi máscara: perdí y yo mismo me la quité frente a la cámara. Pronuncié mi nombre y mi profesión de sociólogo y le aventé su trofeo al ganador.

Camino al vestidor rudo, coloqué La Biblia Vaquera en el tercer asiento de la primera fila y me alejé con la idea de retar al Hijo del Santo dentro de un mes a una lucha máscara vs. caballera, en mi tierra, en San Pedro, Bahía.

PopSTock! es un territorio norteño regido por «el triunfo del corrido sobre la lógica». Por lugares tan diversos como Moncloya, San Pedroburgo y Gómez Pancraccio se mueve con soltura la Biblia Vaquera, protagonista en todas sus encarnaciones de este singular volumen de relatos. La Biblia Vaquera es el talismán del Espanto Jr., un «luchador diyeti santero fanático religioso y pintor» que se enfrasca en duelos musicales sobre el ring de las principales arenas de lucha libre; en su faceta de Country Bible gana un «reáliti chou» en el que los concursantes deben quemar discos piratas a toda velocidad; es también la codiciada piel de unas botas por las que el compositor de corridos Paulino vende al diablo una noche con su mujer, causándole salvajes quemaduras en un baile; y al mismo tiempo es The Western Bible, una gorda descomunal que tiene la misión de devolver a un hombre el deseo sexual hacia su chamuscada esposa.

*La Biblia Vaquera* captura los elementos más deformes de una realidad que escapa a toda clasificación. Carlos Velázquez utiliza un lenguaje personal para crear mundos situados en otra dimensión. Con una ironía inmisericorde retrata la brutal comicidad de las tragedias y los triunfos de personajes arrasados por situaciones tan absurdas como verosímiles. Al final sólo queda la certeza de estar habitando un territorio con leyes ajenas a todo aquel que, a diferencia de Velázquez, no las conozca desde sus entrañas.

«Velázquez lleva a su territorio a Carver o Palahniuk sin perder un gramo de autenticidad, lo que nos recuerda que lo que se está cocinando en el territorio transnacional de Norteamérica es un mestizaje cultural sin precedentes entre la cultura anglosajona y la latina.»

MIGUEL ESPIGADO, *Quimera*

«*La Biblia Vaquera* es uno de los libros más extraordinarios que ha inventado el norte de México para comprenderse a sí mismo y poner frente a los demás un espejo de sarcasmos que delata toda clase de presunciones. Vida, literatura, humor y crítica en una sola tirada.»

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, periódico *Reforma*

